

Yetina: su amiga secreta

Érase una vez una niña de cinco años llamada Margarita, que vivía en Barcelona y tenía los abuelos en Suiza.

Sus padres tenían una librería donde también se vendían discos y juguetes. Su padre, Javier, era un hombre de buenos negocios pero, aún así, humilde: la gente le apreciaba mucho. Su madre era también una buena persona y amable, aunque a veces se enfadara y gritara a sus hijos. Y su hermano, Salvador, de quince años, era un buen chico: amable, responsable y estudioso. Además, era guapísimo. Los dos hermanos se querían mucho, y Salvador siempre jugaba con Marga: así le llamaban entre la familia y los amigos.

Resultó que un año, decidieron irse de vacaciones navideñas a Suiza, a esquiar, pues el negocio de sus padres había tenido mucho éxito en sus últimos años. Cuando llegaron, ¡qué alegría! Los abuelos les recibieron con los brazos abiertos y la niña les saltó encima. Se pusieron todos muy contentos. Cenaron juntos y, después, los dos nietos fueron a dormir a una habitación compartida. Estuvieron jugando un buen rato y Salvador propuso a Marga escuchar una de sus historias. La niña, cómo no, asintió apasionada: su hermano era un buen “narrador de historias infantiles”. Aquella fue una historia divertida: iba sobre los yetis. A Marga le gustó porque, aunque fuera sobre yetis, no daba miedo... Pero un rato después, estando ya cada uno en sus camas, empezó a sentirse mal. Entonces, preguntó a su hermano:

-Tete, tengo miedo... ¿existen los yetis?

-¡Claro que sí, Margarita!

-¿Son malos? Porque yo tengo miedo de encontrarme alguno de esos mañana esquiando...

-Marga, los yetis son adorables. La gente cree que son malos, pero cuando los conoces, son muy afectuosos...

-¿Y tú cómo sabes eso? ¿Has conocido algún yeti?- chilló impresionada.

-¡Ssssst! ¡Que nos van a oír, hermanita! Pues mira... no se lo cuentes a nadie: ¡es un secreto entre tú y yo!- Salvador vio que debía improvisar: tenía que hacerle creer que los yetis existían y eran buenos, para que su hermana no se negara a esquiar. Tenía que animarle- Una vez, ¿te acuerdas que el año pasado fui a esquiar con el instituto?- la niña asintió -Pues... bien, me perdí, y entré en una cueva para buscar refugio. Entonces, oí un rugido espantoso y vi que una sombra tapaba la nieve. Me giré, y...- dijo para intrigarla -¡allí estaba: un enorme monstruo saltando y animándome a jugar con él! No hablaba, claro, pero yo interpreté sus gestos. Así que le seguí, y me enseñó su cueva: estaba llena de peluches. Tenía, también, un ordenador, un televisor, una cocinita... era una cueva arreglada. ¡Pero todo era enorme!

-¿Era un niño o una niña?- preguntó Marga, atenta.

-Mmmm... una niña... sí, una niña... pero tenía un hermano mayor.

-¡Como nosotros!- exclamó Marga, motivada.

-¡Exacto! ¿Y sabes de qué color tenía el pelo? ¡Rosa!

-¡Anda, que chulo! Yo también quiero conocer a un yeti...

-¡A ver si mañana tenemos suerte y vemos alguno!

-¡Sí!- Margarita dejó salir de su pequeña boca un enorme bostezo: estaba ya agotada.

-Venga, que estás muy cansada. Duerme, que... ¡mañana necesitamos energía!- pero su hermana ya no le escuchaba, pues se había quedado frita.

La noche pasó muy rápida, y Marga se había despertado energética y con ganas de ir a las montañas para ver yetis. Cuando llegaron a las pistas, se cansó viendo que ir a alquilar las botas y los esquís era un rollo. Pasaron media hora para hacerlo y, cuando ya estaba harta, por fin se fueron a esquiar. La niña creía que iría libre, pero la apuntaron en un cursillo mientras su familia iba a pasear velozmente por el precioso paisaje blanco.

-Tete, ¿en los cursillos se hacen excursiones a ver cuevas de yetis?

-Me temo que no, hermanita...

-¡Jolines! Yo quería...

-Mira, ya te llevaré yo, ¿de acuerdo? - le guiñó un ojo.

-Vale...

-Anda, ve y pásalo bien. ¡Habrá más niños como tú!

-¡Adiós!

La mañana le pasó rápida: después de comer con sus padres y Salvador, volvió al cursillo. Pero resulta que, haciendo una ruta de caminitos, la niña vio una cueva... así que decidió separarse del grupo. Cuando llegó allí, se sorprendió por no experimentar la misma sensación que su hermano le había contado. Pero, en cuestión de segundos, le dio por entrar y gritar:

-¡Hola! ¿Hay alguien ahí? ¡Yeeetiiiiis! - el eco era abundante en aquella cueva.

Se oyó un rugido muy fuerte pero lejano que dejando un viento bestial perdió el gorro de la niña y hasta le despeinó -¡Sí! ¡He encontrado yetis! ¡Yupi! - Marga estaba entusiasmada con su hallazgo. Entonces, apareció una yeti de pelo rizado rosa y todo lleno de lazos de colores de cara simpática y regordeta, con una enorme sonrisa.

-¿Quieres jugar? Me llamo yetina.

-¡Anda, pero si hablas y todo! - Marga estaba fascinada de encontrar una nueva amiga así.

-Pues claro que hablo, ¿cómo no iba a hacerlo? Vamos a jugar, pasa... ¿te gusta el té?

-Bueno, la verdad es que nunca lo he probado... tengo cinco años...

-Pues hoy vas a hacerlo. Ven: te daré una taza bien calentita.

La verdad es que entraba bien: hacía frío, allí. Además, Marga lo encontró riquísimo.

-¡Mmmmm! ¡Me encanta! Gracias.

-De nada, amiga- las dos se pusieron a reír.

Pasaron a la sala de juegos y se divertieron hasta el crepúsculo.

-Oye- dijo Yetina-, ¿tú no tendrías que volver con tus padres? Estarán preocupados...

-Tienes razón...- se desanimó Marga -tengo que irme... ¿Nos volveremos a ver otra vez?

-No sé, esto es decisión de tus padres...

-Yo les convenceré y volveremos, ya lo verás...

-Venga, que te acompaño. Súbete a mis espaldas y prepárate para disfrutar de una atracción nunca vista. Por cierto, nadie debe saber lo nuestro, ¿vale? Eres la única niña con la que he jugado nunca, y lo he pasado fenomenal contigo.

-Igualmente. ¡Vale, soy una tumba!

El viaje duró unos minutos. ¡Como corría, Yetina! La chiquilla bajó del lomo del enorme ser y se despidió de ella con un abrazo.

-Vuelve cuando quieras, te estaré esperando... estoy muy sola, aquí...

-Me lo imagino... bueno, amiga, ha llegado la hora... ¡Hasta otra!

-¡Adiós!

Cuando llegó al bar de la entrada de las pistas, se dio cuenta de que el cielo ya había oscurecido. Sus padres le regañaron, aunque le prometieron volver el año siguiente.

-¡No lo hagas jamás! Nos has preocupado mucho, tanto a nosotros como a tus profesores de esquí!

-Déjala, mujer, que no lo volverá a hacer, ¿verdad pequeña? - intentó calmarle el pacífico de su padre.

Después de cenar, Margarita se lo contó todo a su hermano, que intentó disimular la sorpresa ante la inocencia de su hermana.

Como le prometió a Yetina, volvieron el próximo año, y el otro, y el otro... Su infancia fue la mejor de las mejores en muchos años: con los años, valoró que no cada día se trababan amistades tan originales, ni mucho menos. Margarita fue muy feliz, y nunca, nunca habló de ella con nadie, excepto con su querido hermano.